

## LAS RAICES DEL NACIONALISMO ITALIANO

Por FRANCESCO LEONI

Desde decenios se viene discutiendo sobre la naturaleza y los orígenes del nacionalismo italiano, de la influencia que sobre él habría ejercido el nacionalismo europeo, concretamente el de Francia, con Maurice Barrès y Charles Maurras.

Bien es cierto que el fenómeno italiano tuvo, al menos en sus inicios, un marcado carácter «literario». Se identifican los nombres de Carducci, D'Annunzio, Pascoli y Oriani, unidos a la *deprecatio temporum* y con la adaptación de sus, aunque no obstante distintas, ideologías al principio nacional.

Había comenzado el primero de ellos, intérprete de la desilusión posresurgimiento, polemizando con el «seglarcito ruin que alardea de cristiano», con la nueva clase dirigente formada no tanto de héroes y mártires, sino de hombrecillos oportunistas y tácticos; y soñando con una «tercera Italia», una Italia de nuevo libre y grande como la romana (la del Renacimiento). Su visión heroica de la historia y su concepción activista de la política aparecieron como una crítica en la colección «Giambi ed Epodi», enlazadas con la metafísica laica y jacobina de la razón, opuesta a los oscuros mitos de la opresión religiosa e imperial, a la idealización heroica de la plebe revolucionaria, al jacobismo anticlerical y al iluminismo masónico.

Habían difundido el mensaje tanto Pascoli, que con canciones patrióticas y con el discurso *La masa proletaria se mueve*, llegaba al elogio de la guerra y de la conquista, después de haberse expresado poéticamente sobre el amor, la paz, el mito del «nido familiar», la fraternidad humana; como D'Annunzio con su nacionalismo retórico, lujurioso y sádico, a la vez, que contenía toda la fuerza del irracional, si bien poco, del sano patriotismo. La novela *La vergine delle rocce* y la tragedia *La Nave* tienen un claro valor paradigmático.

En la primera, el protagonista Claudio Cantelmo, prototipo de un extenso grupo de superhombres danuncianos, para manifestar todo su disgusto con

la sociedad democrático-parlamentaria, llama a los parlamentarios «los mozos de cuadra de la Gran Bestia, vociferantes en la asamblea», afirmando que «su palabrería no es menos vulgar que los sonidos obscenos con los que el villano emite por su boca los gases de su estómago empachado de legumbres», y llega a teorizar, de este modo, el derecho de dominio de la aristocracia sobre los plebeyos: «Por fortuna, el Estado, fundado sobre las bases del sufragio popular y la igualdad, cementado en el miedo, no es sólo una construcción innoble, sino también precaria.

El Estado no debe ser sino un instituto perfectamente adaptado para favorecer el gradual ascenso de una clase privilegiada hacia un ideal modo de vida. Sobre la igualdad económica y política, a la que aspira la democracia, andaréis, pues, formando una oligarquía nueva, un nuevo reino de fuerzas y desembocaréis en unos pocos que, antes o después, recogeréis las riendas para domar las multitudes a vuestro provecho. No os será muy difícil, verdaderamente, reconducir la manada a la obediencia.» Los plebeyos permanecen siempre esclavos; tienen «por naturaleza la necesidad de estar sometidos».

En su segunda obra, en que la moral superhumana se posa en el protagonista masculino Marco Gratico o en su antagonista Basiliola Faledra, están presentes todos los ingredientes del mundo danunciano: lujuria y sangre, violencia y sacrilegio, el ideal de una femineidad deseosa y satánica y, sobre todo, la celebración de la misión naval de Marco con los famosos versos («Arma la prora e salpa verso il mondo», «Fa di tutti gli Oceani il Mare Nostro»), que sirvieron para despertar la conciencia naval del país y que encuentran gran eco en la Italia de entonces, principalmente entre los intelectuales del «reino», que hablaban ya de imperialismo, expansión colonial y de la misión africana de Italia.

En el mismo año (1908), Alfredo Oriani, el aristocrático escritor de Faenza, contribuía a alimentar la polémica antiparlamentaria con *La rivolta ideale*, imponente obra histórico-político-filosófica en la cual, y bajo la influencia de Nietzsche, auguraba la llegada de una mano fuerte, capaz de hacer de Italia un país grande y respetado; proponía el nacionalismo y veía en el colonialismo un elevado factor de civilización.

Estas instancias literarias, que forman la base del nacionalismo italiano, no bastan para ocultar que, en realidad, ha sido un fenómeno mucho más profundo y complejo, con fuertes implicaciones político-económico-sociales y con sólidos vínculos con el mundo capitalista: la llegada de la burguesía conservadora, que se oponía a la política de conciliación entre las clases, que continuaba atrayendo a Giolitti y que consideraba vinculante y peligroso el régimen parlamentario.

Alberto Osor Rosa, en una reconstrucción mordaz y extensa de la cultu-

ra italiana de principios del siglo XX (1), definió el nacionalismo como «ideología de recambio para la burguesía nacional», y al pasar a valorar la función de la «literatura» en la fase de origen del movimiento nacionalista, la clasifica como «la consciente decantación de la *deprecatio temporum* propia de la raza intelectual», hallando que «en torno a un motivo del género se puede no sólo escribir poesías y novelas o elevar trovas a los cielos, sino incluso construir un movimiento tendencialmente político». Y Franco Gaeta (2) añade que «la literatura nacionalista fue el instrumento apto para llevar a cabo, a nivel de una cultura "media", la contestación del Estado liberal-democrático, maniobrando sobre el plano de la emotividad y de los sentimientos. Pero no por esto se trataba de mero vaniloquio: era así exposición de una propuesta concreta de rechazo a la realidad presente en términos de cese en la mediación política entre el Estado y las fuerzas sociales, de taumatúrgica sustitución de la "nación" a las clases y a los partidos, hecha en nombre de un proyecto de recomposición social finalizado en la expansión».

Situado así el problema, sin excluir del todo las sugerencias procedentes de Francia, es de sentido común recordar que el nacionalismo italiano nació y se desarrolló con caracteres exclusivamente propios y debe ser visto como una expresión de la compleja historia italiana entre finales del siglo XIX y primeros decenios del siglo XX.

Su nacimiento se encuadra dentro del clima de desilusión posresurgimiento y ha de ser considerado como un rechazo a la Italia oficial, con su retraso, mezquindad, miseria y su administración rutinaria. La realidad concreta había resultado, tanto para la vieja como para la nueva generación, estar muy lejos de los ideales acariciados en el período heroico del resurgimiento.

Sobre todo, los jóvenes se sintieron algo defraudados. Tuvieron la sensación que el resurgimiento había quedado incompleto o había sido traicionado y opusieron a la Italia real una Italia distinta: la de la tradición antigua y reciente, con su grandeza y su prestigio. Igualmente se reafirmó el futuro de potencia y de gloria, junto con la convicción de que el honor nacional coincidía, en gran parte, con el honor de las armas. Se dejó sentir entonces el resquemor de ciertas derrotas como las de Dogali y Adua y una profunda insatisfacción por ciertas victorias mutiladas, como la liberación de Venecia y de Roma, alcanzadas más mediante astucias diplomáticas que a través del combate abierto en el campo de batalla. Se sintió la necesidad de declarar a Italia mayor de edad, capaz de construirse sola y no con la ayuda y la caridad de los otros y, especialmente, desmentir a Bismark, que, en el año 1888, le había dado

(1) ALBERTO OSAR ROSA: *Storia d'Italia*, vol. IV, tema III, Turín, Einaudi, 1981.

(2) FRANCESCO GAETA: *Il nazionalismo italiano*, Bari, Laterza, 1981.

de lleno a Víctor Manuel III, entonces príncipe de diecinueve años, diciéndole: «Vosotros los italianos sois el pueblo de las tres S: en 1859, con Solferino, tomasteis la Lombardía; en 1866, con Sadowa, conseguisteis el Veneto, y en 1870, con Sedan, tomasteis Roma. Ninguna de las tres S ha sido realizada por vosotros.» Contribuía potentemente a alimentar este mito de gloria militar y de la guerra necesaria, la reclamación de las tierras irredentas: Trento y Trieste por un lado; Niza, Saboya, Córcega y Túnez por otro. Baste recordar la agitación que precedió y siguió al caso Oberdan y la conmoción de la opinión pública italiana. Pero tal vez aun alimentaba más el mito, el ejemplo que venía de los Estados europeos, donde se iba afirmando una política de fuerza y potencia.

De hecho, algunos mantienen la gran influencia que habría tenido el nacionalismo europeo sobre el italiano, fundamentalmente los franceses Barrès y Maurras. Pero la vida, obra y pensamiento de Maurice Barrès y de Charles Maurras parecen concordar poco con el espíritu italiano y serían incomprensibles fuera de la situación concreta de su nación, a caballo entre los dos siglos.

Algunas comparaciones entre la obra de Barrès y la de D'Annunzio pueden considerarse funcionales e ilustrativas, simplemente a nivel de historiografía estético-literaria y encuadradas en un ambiente general europeo de confusión, de orientaciones propias, manifestaciones de la sensibilidad, el gusto y, naturalmente, de la acción política y la rutina de vida, que encuentran una adecuada y significativa explicación en la construcción literaria.

El «revanchismo» francés antigermano, en sustancia, no puede ser mínimamente comparable al «nacionalismo» italiano, que se proponía como objetivo la afirmación de la economía capitalista italiana y la recalificación de Italia como «nación», fuerte y heroica, pero al mismo tiempo, «pobre» y deseosa de espacios convenientes, ante todo, en el área mediterránea y balcánica. Así, pues, conviene puntualizar que los intelectuales, ideológicamente «comprometidos», y los políticos se movían en dirección autónoma y opuesta al movimiento nacionalista francés.

Frente a la potencia francesa, Italia, como escribió Pascoli, sí era «proletaria», pero cargada de una inmensa tradición histórica, cultural y ciudadana. El reconocimiento de ello explica también actitudes que podrían parecer irascibles, en sentido reaccionario, que desembocan en el rechazo de la presunta superioridad francesa en el campo del pensamiento filosófico y político, en el renegar de los principios de la Revolución francesa y en la sublimación de la tradición civil italiana.

Siempre habían existido en nuestra cultura los adversarios de las teorías nacidas de la Revolución francesa: Monaldo Leopardi, Antonio Capece Mi-

nutolo (príncipe de Canosa), Clemente Solaro della Margarita y algún otro. Algún raro ejemplo (Guiseppe Brunati, Guiseppe Attilio Fanelli) (3) no faltará en la primera mitad del siglo xx, pero será necesario buscarlo en los exponentes de relieve dentro de la discordia integrista del fascismo, entre los defensores del integrismo monárquico, que, rescatando el Sílabo de Pío IX, condenarán la Revolución francesa y las ideologías modernas, que han quitado autoridad a la Monarquía.

Los únicos motivos «maurasianos» que hicieron brecha en el corazón de nuestros nacionalistas fueron los de la venida «del hombre fuerte» y la extirpación del «morbo democrático», aunque no eran propiamente franceses.

Será el propio Enrico Corradini quien, oponiéndose a la derivación ideológica del nacionalismo italiano del francés, evocará su más «nacional» paternidad de Mosca y Pareto. «Somos, señores, un pueblo extraño con una muy extraña fortuna. Nuestro pueblo italiano, por siglos y siglos dividido y sometido, tuvo la triste suerte de ser liberado y unificado en una nación sobre los principios del derecho individual. Italia es un pueblo liberado con la proclamación de los derechos del hombre realizada en Francia. Tuvo un momento de flaqueza al constituirse de pueblo italiano a nación, no tanto porque esa constitución llegaba bajo el impulso de ideas extranjeras, sino porque estas ideas formaban el código moral para una revolución social y no para una liberación nacional» (4).

Enrico Malé, en un artículo titulado «Rivolta ideale» (5), defiende la necesidad de que el nacionalismo italiano se distinga del francés, cuya política es la política de la inmovilidad, de los regresos y de la concepción estática de la civilización, rechazando con horror el mundo moderno.

Scipio Sighele, en *Nazionalismo italiano e nazionalismo francese* de 1910, declara su aprecio por el Barrès novelista, pero su más absoluta disidencia con el Barrès político. Luigi Salvatorelli, como Benedetto Croce, es de la opinión que «el nacionalismo italiano imita al francés» y que en eso estriba que Maurras fuese «leído, copiado, aprendido de memoria y cocinado con todas las salsas».

Giovanni Gentile señala el nacionalismo como una «idea de gran fuerza, sugerida a los jóvenes italianos por la cultura francesa y luego muy difundida en Italia y, particularmente entre las clases intelectuales». Gioacchino Vol-

(3) FRANCESCO LEONI: *Il dissenso nel fascismo dal 1924 al 1939*, Nápoles, Guida Editori, 1983.

(4) FRANCESCO PERFETTI: *El nazionalismo italiano dalle origini alla fusione col fascismo*, Bologna, Cappelli, 1977.

(5) ENRICO MALÉ: «Rivolta ideale», en *Il Secolo*, 16 de noviembre de 1904.

pe en *Italia in cammino* subraya como nuestra cultura recoge abundantemente de la francesa, reconociendo la influencia sobre el nacionalismo italiano, pero limitando su alcance.

Giacomo Perticone hace alusión únicamente a la ascendencia Mosca-Pareto en grupos y partidos políticos en la vida pública desde la proclamación de la unidad hasta la conclusión del conflicto mundial.

Delia Frigessi observa la derivación francesa, especialmente en cuanto concierne a los conceptos de «raza», «estirpe» y «sangre».

Igual de explícito es Giuseppe Prezzolini cuando dice: «Hoy querría cumplir esa vieja, pero tan divertida operación espiritual, que es la búsqueda de nuestros antepasados teóricos. Querría mostrar la italianidad de nuestro pensamiento. En efecto, sería extraño y, digámoslo así, ridículo, un nacionalismo de prestado, referido a una tradición extranjera y a unas ideas que no fueron de nuestra raza... No tenemos necesidad de vivir de alquiler de las ideas francesas e inglesas. No tenemos necesidad ni de Barrès, ni de Chamberlain, ni de Kipling, sino como ejemplos y como advertencias. Podemos recuperar a Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, que nos han suministrado con sus obras, la justificación, científica y filosófica, de nuestra obra práctica» (6).

Emilio Gentile, en *Il mito dello Stato nuovo dall'antigiolittismo al fascismo* afirma que «la idea de una comunidad nacional, unida por vínculos de solidaridad moral y por el sentimiento de la unidad social, capaz de vivir como protagonista en el escenario del mundo en la época de los grandes imperia- lismos, era la aspiración de muchos "giolittianos" y se convierte en causa dominante del-nacionalismo italiano. En virtud de este ideal, la mayor parte de los temas de la nueva cultura política elaborados en el ámbito del "antigiolittismo", fue, por primera vez, eficazmente coordinada en una constelación de ideas, confluidas en el mito del nuevo Estado» (7).

[Traducción: CONSUELO GÓMEZ PULIDO.]

---

(6) GIUSEPPE PREZZOLINI: «L'aristocrazia dei briganti», en *Il Regno*, año 1, núm. 3 (diciembre 1903).

(7) EMILIO GENTILE: *Il mito dello stato nuovo dall'antigiolittismo al fascimo*, Bari, Laterza, 1986.